

ORLANDO E. WILLIAMS

REMEMBRANZAS

DE CUANDO FUI INTENDENTE
DE LA VILLA DE SAN ISIDRO

BUENOS AIRES

1944

89
W.35
43



EX LIBRIS

PEDRO
LLORENS

SAN ISIDRO

PCIA. BS. AS. - ARGENTINA

A mi distinguido vecino
D^o Michan,

Arlandeo & Millianus

REMEMBRANZAS DE CUANDO FUI
INTENDENTE DE LA VILLA
DE SAN ISIDRO

82
W 35
ej-3
SAN ISIDRO

ORLANDO E. WILLIAMS

REMEMBRANZAS

DE CUANDO FUI INTENDENTE
DE LA VILLA DE SAN ISIDRO

*(Conferencia pronunciada en la Biblioteca Popular
de San Isidro, el 25 de noviembre de 1943)*

BUENOS AIRES

1944

01806

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

*Señor Comisionado Municipal de San Isidro,
don Juan B. Irigoín;*

*Señor Cura Párroco y Vicario de San Isidro,
Presbítero Pedro L. Mienini;*

Señoras;

Señores.

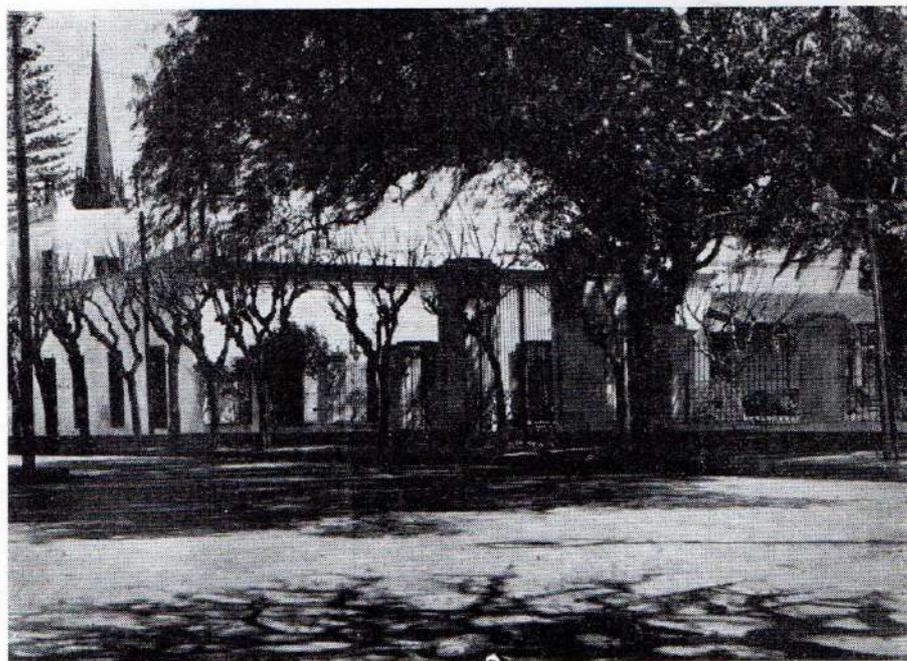
A GRADEZCO profundamente las elogiosas palabras con que acaba de presentarme el vicepresidente de esta Biblioteca Popular de San Isidro, Doctor Juan Obarrio.

Gentleman, quiere decir, en inglés, caballero, y como en aquella gran nación todo *gentleman* debe permanecer de pie en presencia de un concurso de damas como este, me veo ante la necesidad, bellas y distinguidas señoras de San Isidro, – pues vosotras bien sabéis que no cuento veinte abriles – de pedir os permiso para leer mi conferencia, sentado.

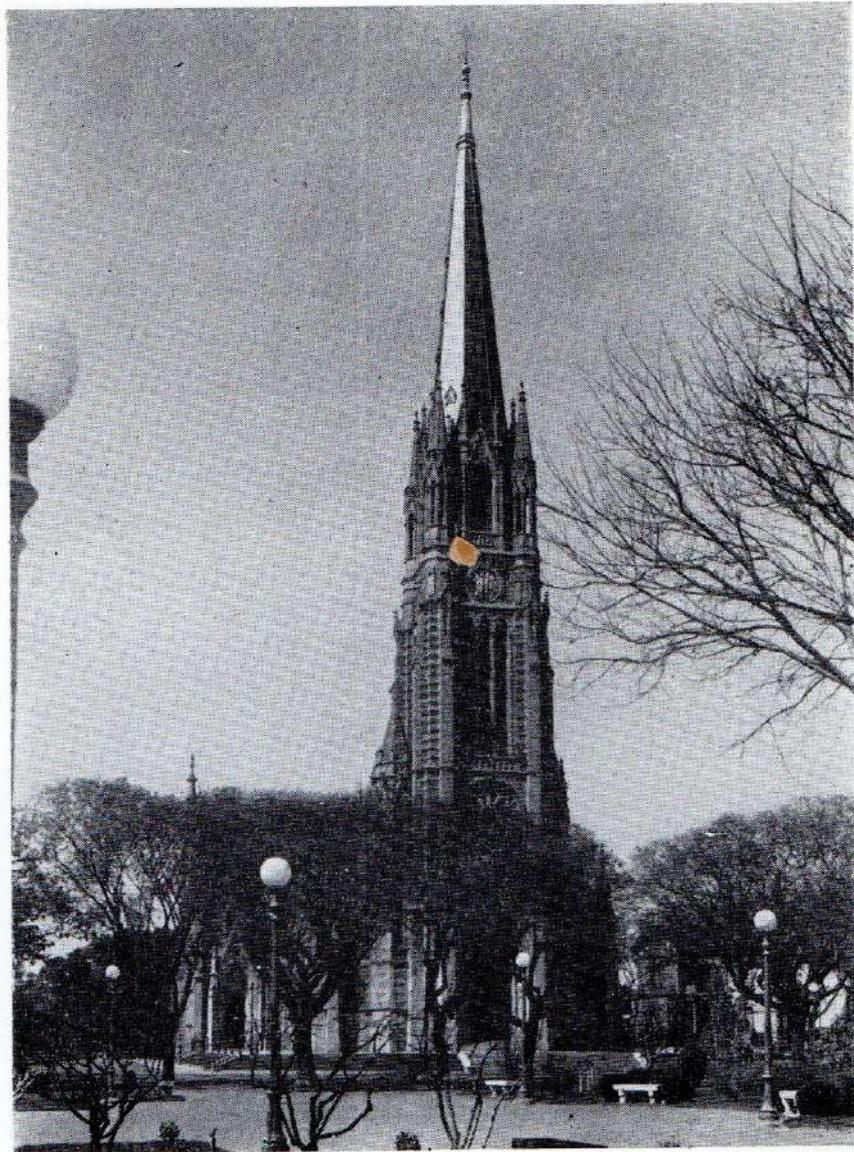
Corría el año de 1904 cuando fuí nombrado intendente de la Comuna de San Isidro.

Este pintoresco pueblo, levantado sobre las márgenes del Plata, bien poco difería entonces de la actualidad.

Al borde de sus calles estrechas y tortuosas crecían robustos paraísos que, al coronarse en primavera de racimos violáceos, aromatizaban el aire. Dichas calles no sufrieron ninguna rectificación desde el día en que las trazara el fundador de la ciudad, Capitán don Domingo de Acassuso.

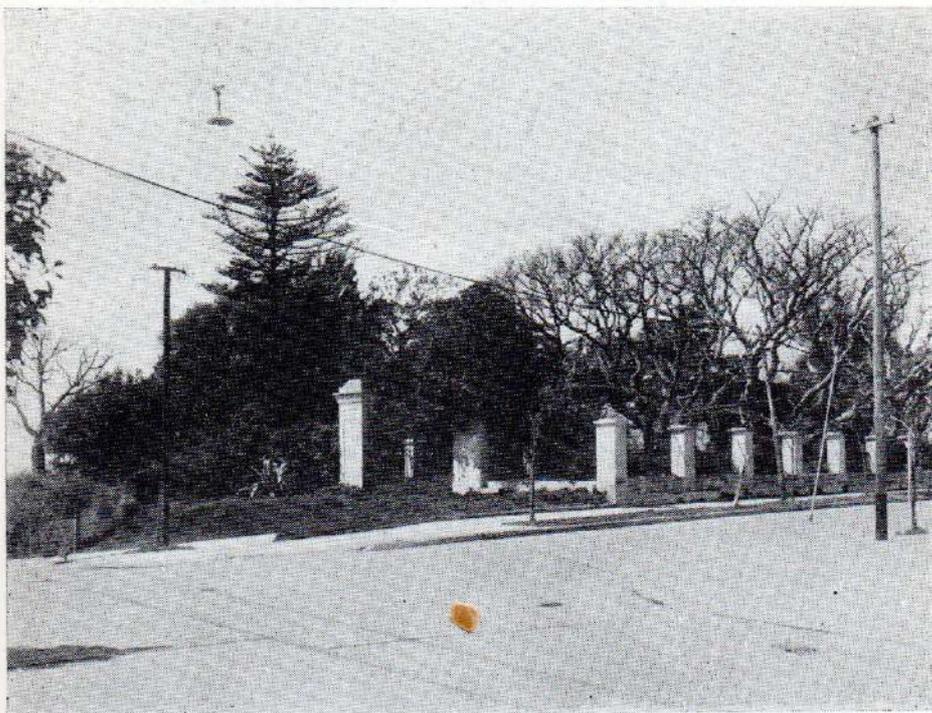


Al rufear por los negruzcos veredones que iban desde la Iglesia al "Paseo de los Tres Ombúes", presentóse a nuestra vista la solariega mansión de doña Mariquita Sánchez de Mendeville. Al través de sus entreabiertas persianas parecíame escuchar los lejanos ecos del Himno Nacional, cantado por vez primera en los salones adamascados que doña Mariquita poseía en su casa de la ciudad. Esa noche inolvidable hallábase sentado al piano Parera, compositor de su música y, de pie, junto a los demás invitados conspicuos, Vicente López y Planes, autor de su letra inmortal.

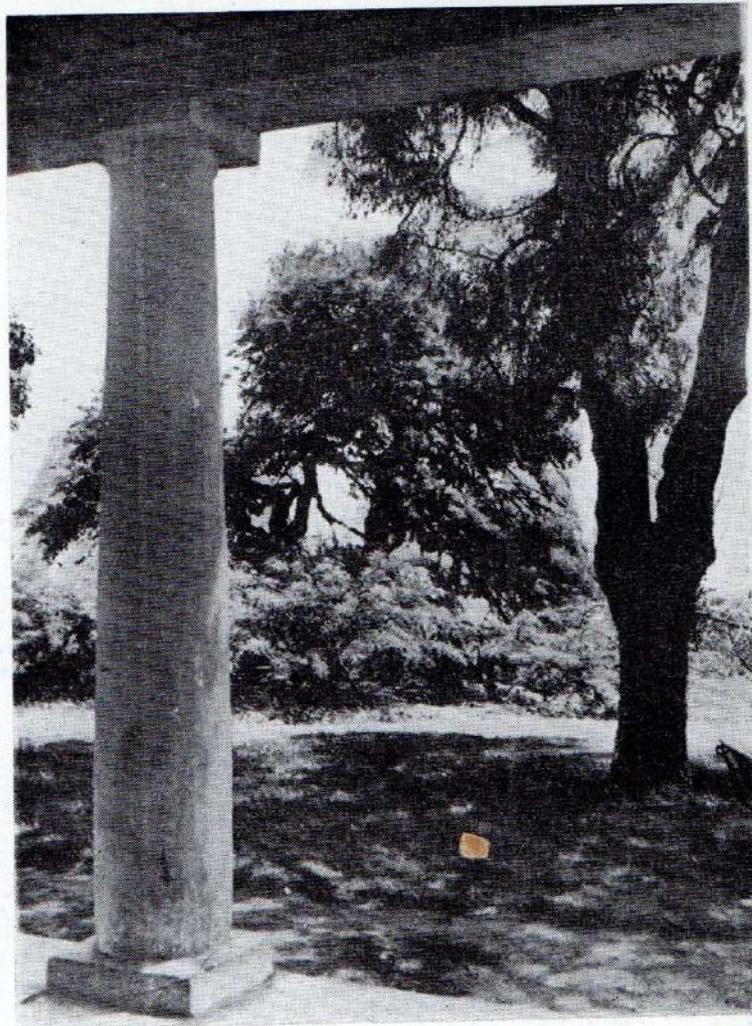


La iglesia gótica que hoy vemos, orgullo de San Isidro, fué levantada en el mismo sitio que ocupara la colonial de Acassuso. Numerosos son sus arabescos, y su flamígera torre proyéctase sobre el azul del cielo.

La suntuosa morada de don Juan Martín de Pueyrredón diseñaba sus contornos románticos sobre el filo de la barranca. Los



renombrados “pacaráes”, traídos desde la selva misionera, se hallaban en plena madurez; al rayar el alba, entreabrían sus blancas flores y sus hojas pedunculares, empapadas por el rocío de la noche.



El añoso “algarrobo” de más de 170 años, bajo el cual San Martín y Pueyrredón conferenciaban sobre la mejor forma de dar libertad a media América, tenía ya sostenidos sus brazos con parantes de hierro.

Y desde el mirador donde Prilidiano pintaba sus famosos lienzos, divisábase la curva verdinegra del delta paranaense, que, al prolongar aún sus juncales sobre los bancos de arena del Plata, sigue formando núcleos de tierra firme, de características semejantes a los de la edad geológica cuaternaria del planeta que habitamos.



Lo que ha dejado de existir en San Isidro es el “Ombú de la Esperanza”, a cuya sombra pasaban largas horas San Martín, Pueyrredón y Guido, escudriñando el horizonte, observando el vuelo de las aves, co-

mentando la marcha de los ejércitos y soñando con la patria naciente.

El presupuesto municipal alcanzaba bajo mi intendencia a 60.000 pesos anuales, suma que se eleva hoy a 1.470.000 pesos.

Con aquella exigua cantidad se atendían todos los servicios públicos, siendo el más difícil de solucionar el arreglo de las calles que, después de un aguacero, se ponían intransitables, haciéndose necesario apisonar la tierra con unos rodillos de hierro tirados por cuatro yuntas de bueyes.

Estos trabajos de vialidad pública, atendíalos personalmente, pues los medios fáciles de comunicación y transporte contribuyen al progreso de los pueblos, desde los viejos tiempos de la Vía Apia en Roma.

Cuando fui diputado a la Legislatura de Buenos Aires, presenté un proyecto, convertido luego en ley, sobre la creación de los "ferrocarriles agrícolas y económicos", con el fin de disminuir los costosos acarreos del cereal, que mantenían en suspenso la expansión agrícola de la llanura argentina.

A esa ley pertenece el Ferrocarril Midland y otro que se construyó al norte de Buenos

Aires, para embarcar el lino y el maíz en los puertos del Río Paraná.

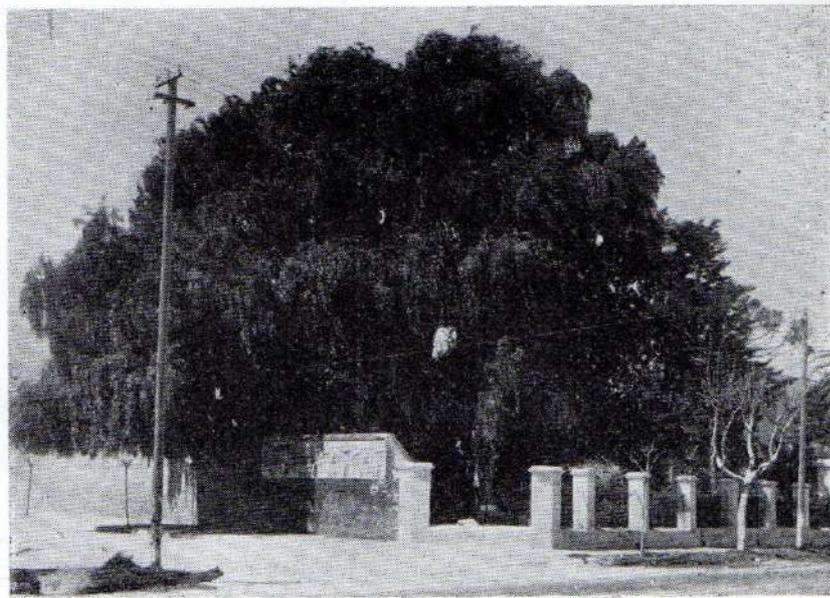
Las esplendorosas "tipas" de la Avenida Eduardo Costa, ya existían a mi llegada a la intendencia. Por aquella calle solía encontrarme al salir de mi despacho, con el cupé del destacado médico de San Isidro, doctor Manzoni, que volvía de sus visitas diarias, al trotecito de su caballo tordillo.

Paréceme que esa plantación hermosa no fué ajena a la obra vigorizante del gran caudillo de este pueblo, don Avelino Rolón.

La "tipa" magnífica, la trajo de los renovales salteños don Carlos Thays, en maceta, sobre sus rodillas, y la difundió en las plazas y paseos de la ciudad de Buenos Aires.

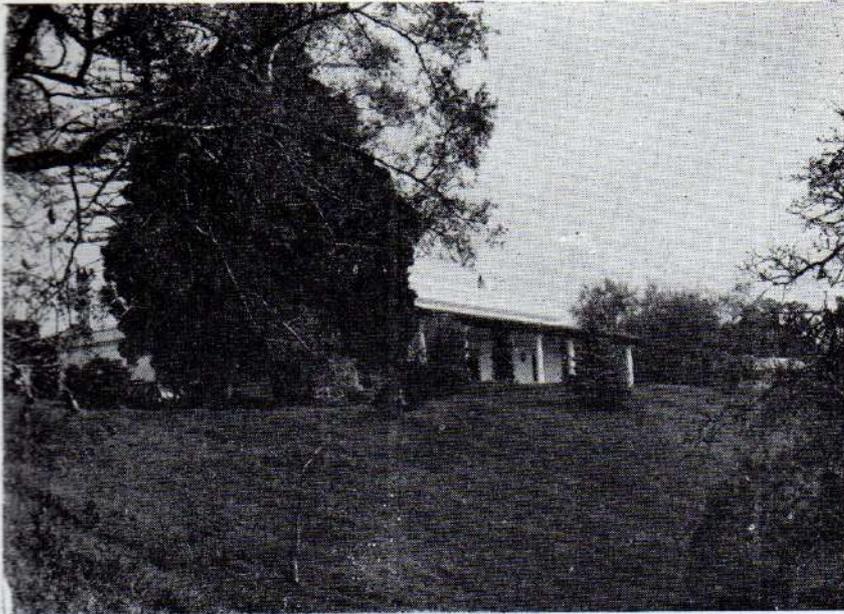
Existe aún en San Isidro un soberbio “aguaribay”, que arraigó en el solar de Darregueyra.

El “aguaribay” es un árbol americano de pálidas y relucientes hojas, que llegan hasta



el suelo como un manto de verdura. Exhala un perfume resinoso, cuando cae sobre su copa el sol de fuego de enero. A la sombra de este ejemplar magnífico, Luca recitaba sus poesías, Fray Cayetano sus tragedias y templaban su lira los Varela.

Frecuentes eran mis visitas por aquel entonces a la famosa quinta de don Eduardo



Costa, donde admirábase sus interminables invernáculos de cuyos techos pendían orquídeas rojas, azulejas y violáceas.

Allí se conserva aún el "pinus maritimus", bajo el cual Mitre y Roca concertaron la política del Acuerdo, que trajo el sosiego al país.



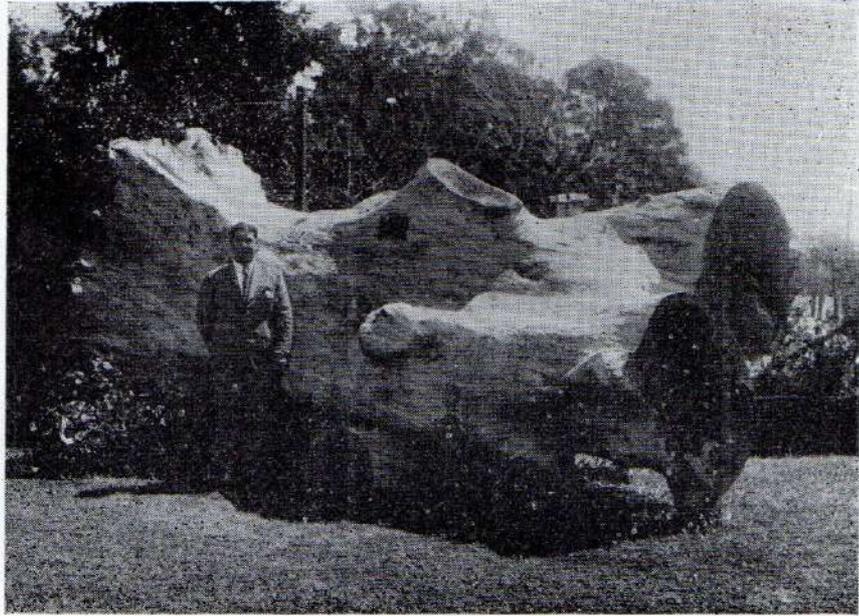
En esa ocasión habíase colocado bajo el corredor de la casa, la mesa para el almuerzo, donde tomé asiento a título de secretario del Gobernador Udaondo. Desde mi silla, ubicada próxima al patio central, podía escuchar claramente el taconeo de doña Florentina Ituarte, madre de don Eduardo.

Esta dama, supremamente bella, apenas se percatara que las primeras arrugas de la vejez surcaban su rostro, huyó de la ciudad en un landó arrastrado por cuatro caballos de gran alzada, que venían tascando los frenos, envueltos en densa polvareda, por el camino del Bajo.



Refirióme el doctor Manzoni, su médico, que así que llegaba el verano, doña Florentina descendía al río con las primeras luces para tomar su baño, precediéndola una sirvienta que, con un farolillo, le alumbraba los atajos del camino. Esta coqueta dama vivió 104 años.

Más el árbol predilecto de don Eduardo Costa, ese gran espíritu, era un "eucaliptus" que plantara Leblanche, jefe de la escuadra



francesa que bloqueó el Río de la Plata durante el gobierno de don Juan Manuel de Rosas. Este "eucaliptus" se ha secado y se le conserva religiosamente.



En un trozo de la barranca, semiescondida, se levantaba la señorial mansión de "Santa Clara de Anchorena".

Se dice que esa heredad perteneció a don Tomás Manuel de Anchorena, cuya gallarda figura destacóse en el Congreso de Tucumán que proclamó la Independencia de la Nación Argentina.

En aquel hogar rumboso, acariciado por las brisas del Plata, cierta vez, mi querido amigo Victorio de Anchorena, convidónos a un almuerzo familiar. En torno a la re-

donda mesa, tendida con sobrado mantel de encaje, y en sillas de jacarandá, sentáronse: don Cipriano Quesada, Isabel Piñeyro de Quesada, Laura Quesada de Anchorena, Petrona Alzaga de Pirovano, María Alzaga de Riglos, Mercedes Pirovano de Rodríguez, y mi novia, Delia de Alzaga, nacida con todos los dones del espíritu: la gracia, la distinción, la simpatía, la inteligencia y, como si todo ello fuese poco, era además alegre y afectuosa, y poseía un corazón de oro.

Terminado el almuerzo, el anfitrión nos invitó a dar una vuelta en sus lujosos carruajes, con cocheros y lacayos de altas chisteras, casacas coloradas, blancos los pantalones, y sus botas de media caña, de reluciente charol. A la cabeza de la alegre e improvisada caravana iban los novios, en el rumboso mail-coach de don Víctor; seguíanles los demás, metiendo gran alborozo por las calles silenciosas de San Isidro, donde no quedara puerta ni ventana por abrir, con gran asombro de sus pacíficos vecinos.



En aquella quinta existe un corpulento "cupresus thirioides" como aquellos que en las épocas geológicas formaban, en Inglaterra, su carbón industrial.



Todavía se conservan en la quinta que perteneció a doña Juana de Pueyrredón, casada con don Anselmo Sáenz Valiente, dos "pinus marítimus", que son gemelos y que fueron plantados por el presbítero don Feliciano Pueyrredón, hermano del General.

Según el sabio profesor doctor Carlos Berg, cuentan hoy más de 180 años.



Mientras fui intendente hice plantar una avenida de "tipas" que iba desde las puertas de la Iglesia hasta Vicente López, de las cuales sólo quedan unos quinientos ejemplares; las demás desaparecieron ante la incuria de los vecinos y la inercia de los ediles, que no ordenaban reponer todos los años los árboles extinguidos.

Ordené también la plantación de una avenida de "álamos de la Carolina", que saliendo de Martínez, llegaba por los terrenos bajos al sud del ferrocarril, hasta las primeras casas de Olivos. Algunos de aquellos árboles subsisten aún.

En el año de 1910, "La Prensa", funda la "Sociedad Forestal Argentina", que tenía por misión propagar y plantar árboles.

Mi apreciado amigo, Ezequiel Paz, pidió a los invitados allí reunidos se me confiara la presidencia de la nueva institución, cargo que desempeñé por diez años consecutivos, secundado por mi eficaz secretario, Miguel Angel Tobal.

Para llegar al fin propuesto solicité del doctor Eleodoro Lobos, a la sazón ministro de Agricultura, el decreto que encargaba a la "Sociedad Forestal Argentina" dirigir el "Día del Arbol" en todo el territorio del país. Lobos, inteligente, apresuróse a hacer refrendar el decreto por el Presidente de la República, doctor Roque Sáenz Peña, pues la institución no pedía al Estado ninguna clase de ayuda.

Pero veamos cómo, desde entonces, ha progresado en la masa popular el amor por los árboles.

Recuerdo que en aquellos lejanos tiempos, un simple lechero se creía con autorización para atar el cabestro de su caballo a un arbolillo costado por el erario público. El arbolillo, lógicamente, concluía por ser derribado a consecuencia del tironeo incesante del animal, en medio de estrepitoza algazara de vecinos y pilluelos.

Solo tres decenios han pasado, desde entonces, cuando hoy, en Martínez, al abrirse y asfaltarse una calle de escaso tráfico público, se deja en pie, en medio de la calzada, una hermosa "tipa" que cuenta con 39 años de edad.

Este hecho civilizador, que hará meditar a las generaciones en marcha acerca de que el árbol es uno de los más hermosos elementos de la naturaleza, nuestra madre común, ha sido ordenado por el Comisionado Municipal don Juan B. Irigoín.

Bien decía Sarmiento rumbo a Chile: "Las ideas no se degüellan".



Los árboles son los más grandes amigos del hombre, todo le dan y nada le exigen. Ellos marcan las estaciones con el cambiante colorido de sus hojas y, en su ramazón, anidan los pájaros, útiles a la agricultura y que alegran con sus armoniosas notas los campos entristecidos. Delicadas son sus flo-

res, deliciosos sus perfumes y sus frutos dulzainos, manjares exquisitos.

Extensas pampas, reseca y polvorientas, constituyen las tres cuartas partes de nuestro territorio; habrá, pues, que plantar árboles, muchos árboles, para combatir la sequía, la erosión, y aumentar así la riqueza del suelo.

Siendo diputado a la Legislatura de Buenos Aires, presenté un proyecto convertido después en ley, sobre la creación de viveros oficiales. El P. E., procediendo con sabiduría, fundó los viveros, y hoy manda el Estado, en los vagones del Ferrocarril a Meridiano V, numerosos arbolillos a las escuelas, municipalidades y vecinos.

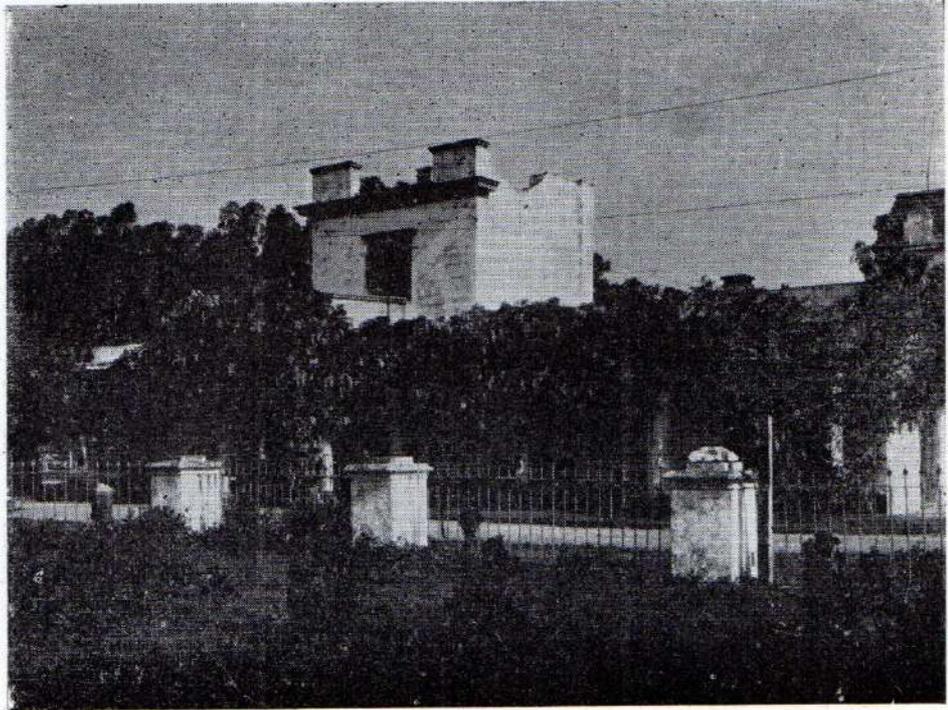
En una luminosa mañana de Mayo, presentóse a mi despacho de Intendente, don José Pacheco y Anchorena, quien había venido de su Estancia El Talar en un landó de sopandas.



Dijome que su visita era interesada, que traía la intención de que le dejara alambrar seis metros de ancho del camino del Bajo, para facilitar el tránsito del primer coche automóvil que acababa de ser introducido de Francia. El primer coche automotor llegado a estas playas, le advertí, fué el de mi tío Sebastián Alcorta, cuya recordación quedó grabada en la mente popular, pues los ve-

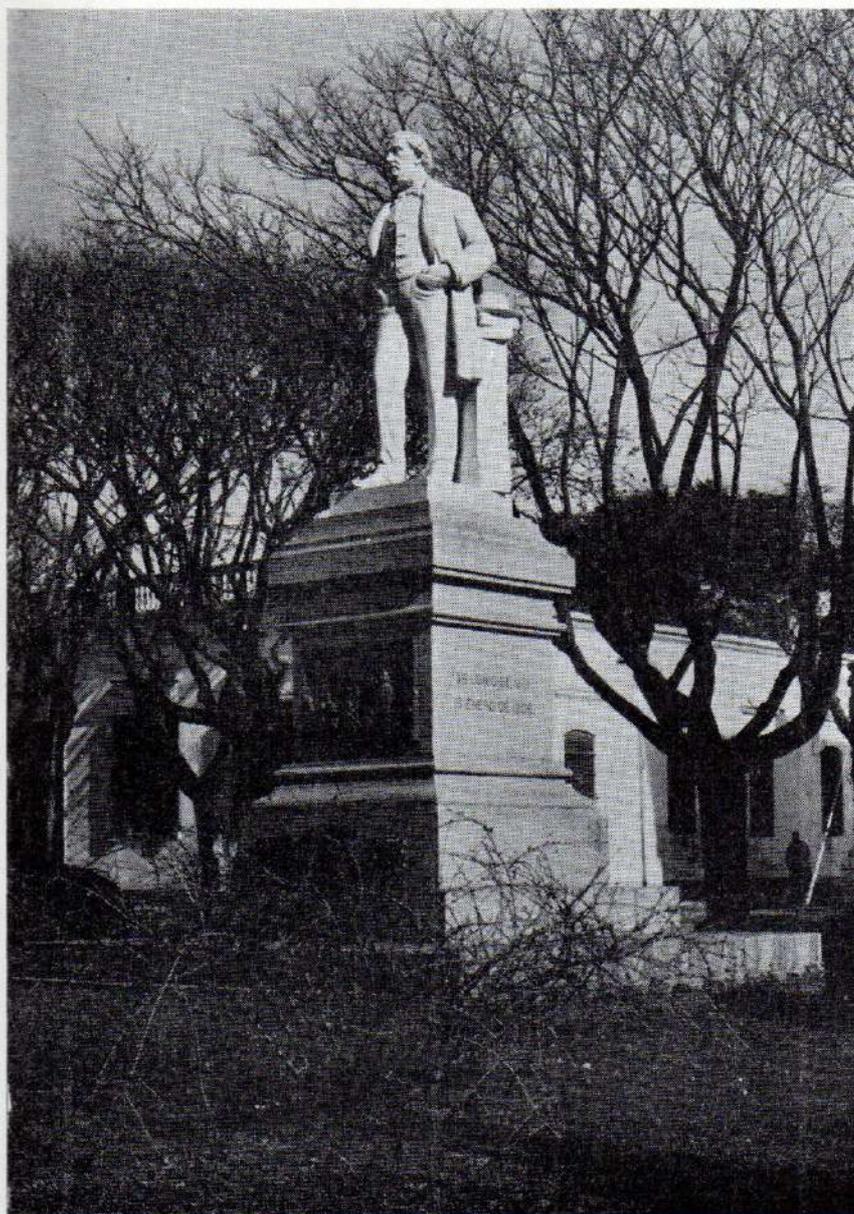
cinos, admirados, seguían su marcha, precediéndole numerosos pilluelos que tocaban unas flautitas, como tenían costumbre de hacerlo al frente de las manifestaciones políticas.

Don José Pacheco y Anchorena, se calló, un tanto amostazado, y me respondió: “Y, lo del camino, en qué queda?”. El permiso para que Vd. construya el primer derrotero de automóviles en el país, no hay inconveniente en acordarlo, le dije, siempre que se paguen los gastos de su propio peculio. Corrió a su finca de campo y remitió veinte carretas cargadas de alambre, postes y arados, y, a los treinta días de esta determinación, don José Pacheco y Anchorena llegó de la ciudad, a su estancia del Talar, muy repatingado en su lujoso coche automotor.



Esta es la casa del General Pacheco, donde vivía su nieto don José Pacheco y Anchorena, en el Talar.

San Isidro ciudad, cuenta, en su plaza principal, con la estatua en mármol del General Bartolomé Mitre.



Conocíle a su hijo Adolfo cuando era profesor del primer año del Colegio Nacional de Buenos Aires. Era intensamente pálido, fino, distinguido, romántico. Impecable en el vestir, llevaba su negra barba recortada al uso de Alfredo de Musset. Tuve el honor de haber sido uno de sus alumnos predilectos.

Cierta mañana encontré entornada la puerta del Colegio, y un letrero en que se daba asueto a los estudiantes por haber fallecido el profesor Adolfo Mitre; se nos invitaba, además, a concurrir, a las tres de la tarde, uniformados, a la calle Bolívar. El Colegio acudió en masa, poniéndose en marcha la columna hacia la Recoleta, con el rector a su frente, mi tío, Amancio Alcorta.

Era aquella la primera vez que me allegaba a tan tristes lugares, y, así que los últimos resplandores del sol palidecían en el cielo, el lúgubre tañido de las campanas de la Iglesia resonó en mi corazón, anunciándome la fugacidad de la vida.

Al General Mitre, nunca había tenido oportunidad de verle hasta una noche fría y serena de julio, en que los estudiantes de derecho se dirigían en manifestación a su casa, para saludarle con motivo de su onomástico. Mitre, sobre un banquillo, apoyado en la tablazón izquierda de la puerta de calle,

suelta su poblada y negra cabellera al rocío helado de la noche, nos dirigió la palabra. Su voz era varonil, se le escuchaba de larga



distancia; sobrio el ademán, grave el acento. Mitre, sin duda, era un orador de la plaza pública. Este gran argentino ejerció

aquella noche sobre mi ánimo de adolescente, una impresión profunda.

Escuché su palabra por segunda vez, en el mitin de la cancha de pelota después del 90. Fué el primer orador en subir a la tribuna, y como se apercibiera que los ciudadanos allí reunidos se habían quitado el sombrero, dijo, a título de exordio: "todos cubiertos, menos el orador que se dirige al pueblo soberano". El gesto le pintaba de cuerpo entero.

La estatua de Mitre, en San Isidro, lo representa en esa época de su vida, tal como veíasele caminando por las veredas asoleadas de su barrio, puestas las manos en los bolsillos, suelto el saco y arrugada la corbata de cinta negra; para responder al saludo de los transeúntes, llevábase la mano al ala recortada de su chambergo, y descendía, en gesto cortés, a la calzada, para dar paso a las damas.

Así que Pellegrini bajó del poder, los partidos políticos se pusieron de acuerdo para llevarle a Mitre, por segunda vez, a la presidencia de la República.

Cúpome el honor, como Presidente de la Unión Cívica Nacional de la Juventud, de proclamar la fórmula "Bartolomé Mitre-José Evaristo Uriburu". El acto se realizó en el

Gran Teatro San Martín, repleto, de bote en bote, y en medio de fervoroso entusiasmo. Algunos viejos mitristas que ocupaban un palco avant-scene me invitaron para presentármelo a Mitre, esa noche. Acepté. Y, a medida que iba llegando al umbral de su casa de la calle San Martín, sentía temblorosas mis piernas. Al fin iba a penetrar en la Casa de la Gloria, donde se hablaba de política, de letras, de la patria. Mitre ocupó el lugar izquierdo de un sofá, y en un sillón, a su lado, tomé yo asiento. Naturalmente que en la entrevista no dije esta boca es mía. De pronto, Mitre, señalándome una caja de cigarros sobre una chimenea, expresóme: "Joven, si Vd. desea fumar, allí podrá satisfacer su vicio". Me levanté, tomé la caja, abrí la tapa y le convidé con sus propios habanos sin tomar ninguno para mí. Minutos después, me retiraba, y ya en la calle, me era imposible apartar de mi imaginación su serenidad y la mirada de sus ojos glaucos, que parecían fijados en la lejanía.

Mitre no llegó a la Presidencia de la República por haber puesto como condición, para aceptar su candidatura, que todos los argentinos habían de votarle. Los radicales se abrieron, y Mitre renunció al honor.

Sin embargo, recordaré lo inmotivado de

aquella oposición pronunciando palabras que pertenecen al talentoso doctor Carlos Pellegrini, quien fué siempre su contrario político.

En su panegírico, pronunciado al pie de la tumba de Mitre, Pellegrini dijo:

“De todos los hombres públicos que aparecieron en ese momento sobre la escena política, el más completo fué el General Mitre, pues poseía tal variedad de virtudes, de aptitudes y de facultades, cual no conozco reunidas en otro estadista propio o extraño; pues si alguno pudo igualarlo en una especialidad, ninguno las reunía en condiciones tales que le permitieran actuar en primera línea y con igual eficacia en todas las escenas, en todos los momentos, sobre todas las clases sociales”.

Fué un hombre de estudio y de vasta ilustración. Como literato e historiador sus obras son honra de las letras argentinas. Fué un orador tan nutrido, sereno y eficaz en el Parlamento, como entusiasta y arrebatador en la plaza pública. Estadista de alto vuelo, era la voz más respetada en los consejos de Estado, por la elevación de sus sentimientos, por la seguridad de sus juicios, por la ecuanimidad de su carácter. Fué nuestro primer soldado. Fué un gran político de acción directa. Grande era su altura moral

y la sinceridad de su patriotismo, que fué su guía constante, en los días serenos como en los más oscuros y tormentosos de nuestra agitada historia”.

“Hoy las repúblicas hermanas rinden todas solemne homenaje al gran patriota, cuyo nombre será segundo sólo al del General San Martín, en la consideración, el amor y el respeto de nuestra América”.

A mi vez, pienso que día habrá de llegar en que las futuras generaciones, parodiando a Pellegrini, podrán decir: Mitre es el segundo después de San Martín, entre las figuras excelsas de la patria argentina.

En San Isidro vivió Mármol, autor de la novela histórica *Amalia*, en la que fustigó la sangrienta tiranía de Rosas. Oigámosle a Mármol:

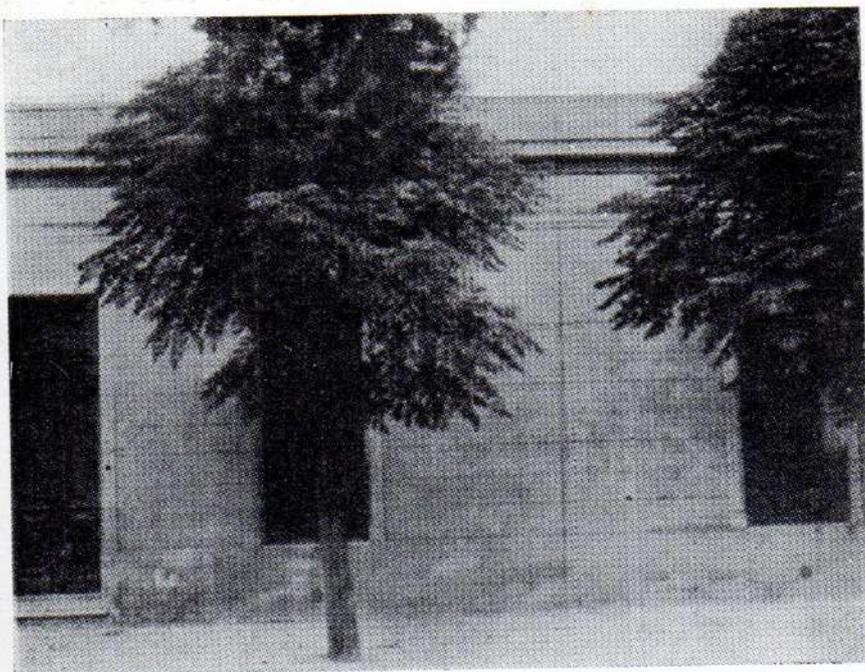
“Cada hombre de la generación a que pertenecemos y que ha sido educado en la Universidad de Buenos Aires, es un compromiso vivo, palpitante, elocuente del doctor Diego Alcorta, somos la reproducción multiplicada de la juventud patriota, de su conciencia humanitaria, de su pensamiento filosófico. Desde la cátedra él, ha encendido en nuestro corazón el entusiasmo por todo lo que es grande, por el bien, por la libertad, por la patria.



La casa en que vivió el poeta fué modernizada por el doctor Juan Segundo Fernández, y todavía puede verse en dicho solar un “aromo espinillo” de tortuosas ramas, coronado de flores amarillas y muy olorosas. Cuentan que, bajo dicho espinillo, Mármol inspirábase para escribir su novela Amalia, la que será imperecedera en las letras argentinas.

Aquel Diego Alcorta, de quien nos habla Mármol, era pariente de mi abuelo Amancio Alcorta, por más que dijera lo contrario Groussac, sin haberlo podido demostrar.

Rosas, que le suponía a Alcorta enfermo del corazón, mandóle una noche en forma sorpresiva, a su casa, la "mazorca". Días después fallecía el filósofo, el profesor, el médico, el humanista, honra de nuestra argentinidad.

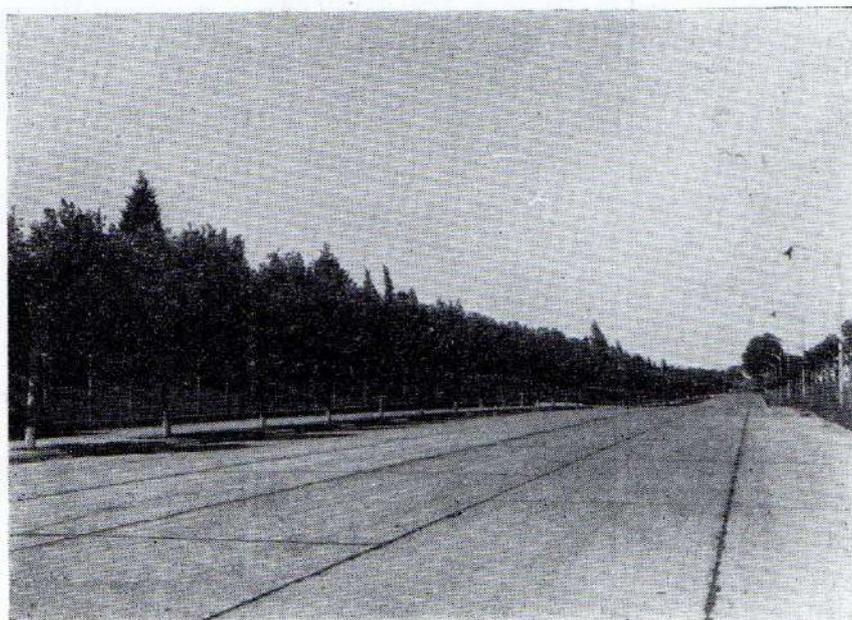


En esta casa nació, en San Isidro, de ardiente fe cristiana, el primero de los cardenales argentinos.

Recuerdo, como si fuera ayer, aquella tarde que me presentara al teniente cura de San Ponciano, mi eminente y querido amigo,

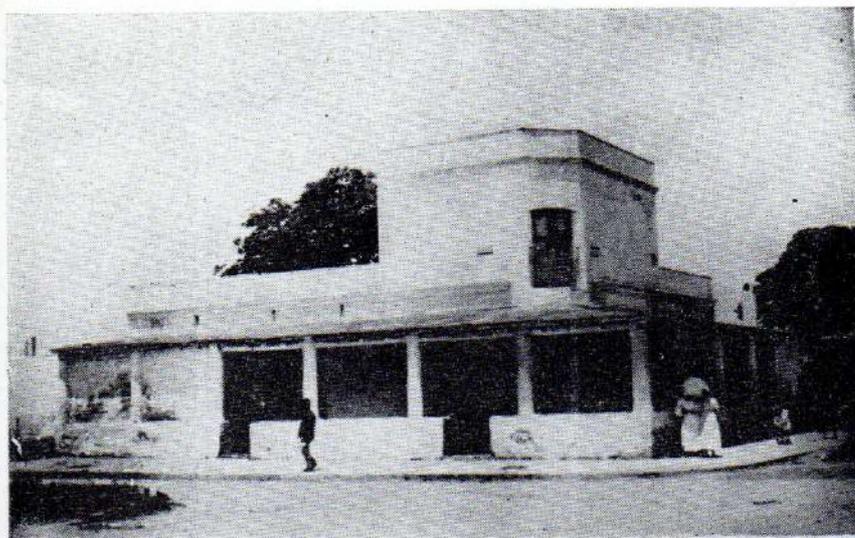
Monseñor Terrero y Escalada, quien frecuentaba la quinta que poseía sobre la barranca, mi suegra, doña Celina Piñeyro de Alzaga.

Aquel teniente-cura se ha transformado hoy en su Eminencia el Cardenal Santiago Luis Copello.

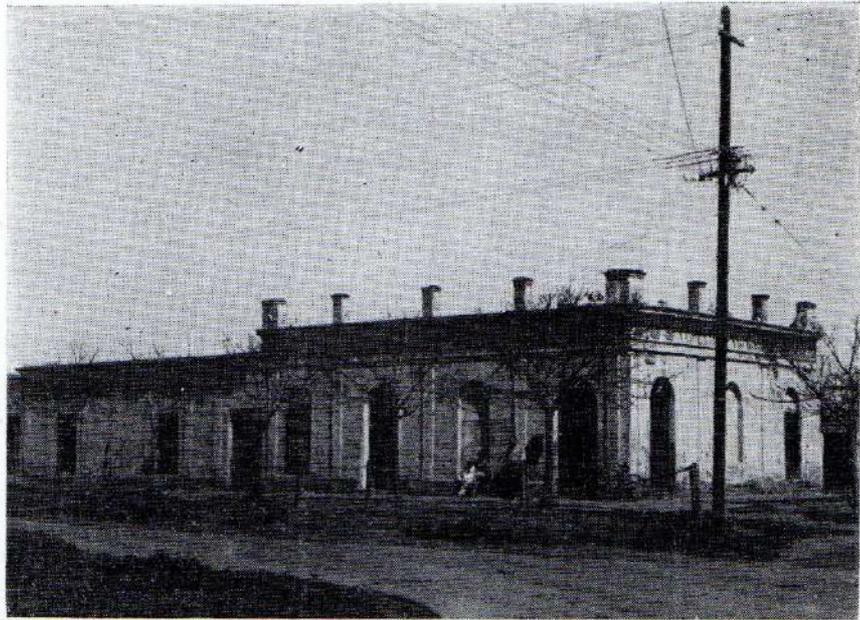


Con una nueva avenida, Bernabé Márquez, cuenta San Isidro. Se halla arbolada con “plátanos” de copas redondas, puestos a plomada, tirados a cordel.

El esplendoroso plátano, es un árbol asiático; lo trajo el procónsul Pompeyo a Roma, atado a su carro de vencedor.



Aquella casita colonial, enjalbegada, simpática, que todos hemos conocido, fué derribada por el Jockey Club para trazar la antedicha avenida; la casita no era, antaño, sino una posta a orillas del camino que conducía al Puerto del Río de las Conchas, donde anclaban las piraguas cargadas con frutos del Paraguay.



Como nuestros ediles prefieren innovaciones, sustituyéronle, por otro, el nombre de Tahona, a una de las antiguas calles que cruzán la Avenida Márquez. Tahona se le llamaba desde tiempo inmemorial, cuando allí existía un molino para moler el trigo y hacer harina, alimento principalísimo en aquellos apartados lugares.



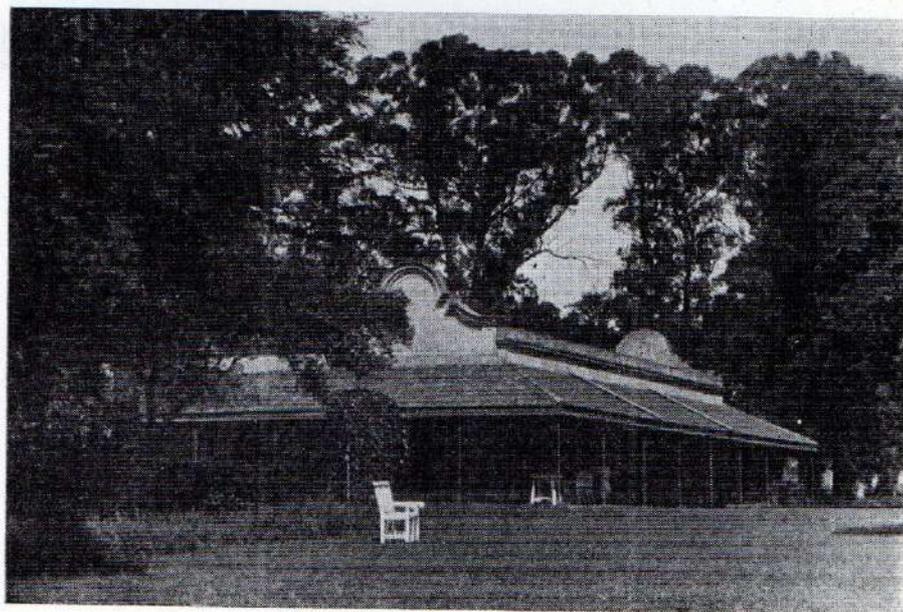
Los pueblos de la campaña son enemigos de la tradición, cuando ésta es la historia viviente. Por eso felicitamos al Gobierno que preside la República al decretar "sitio histórico" la boca del Sarandí, paraje donde se embarcaron los 33 orientales.



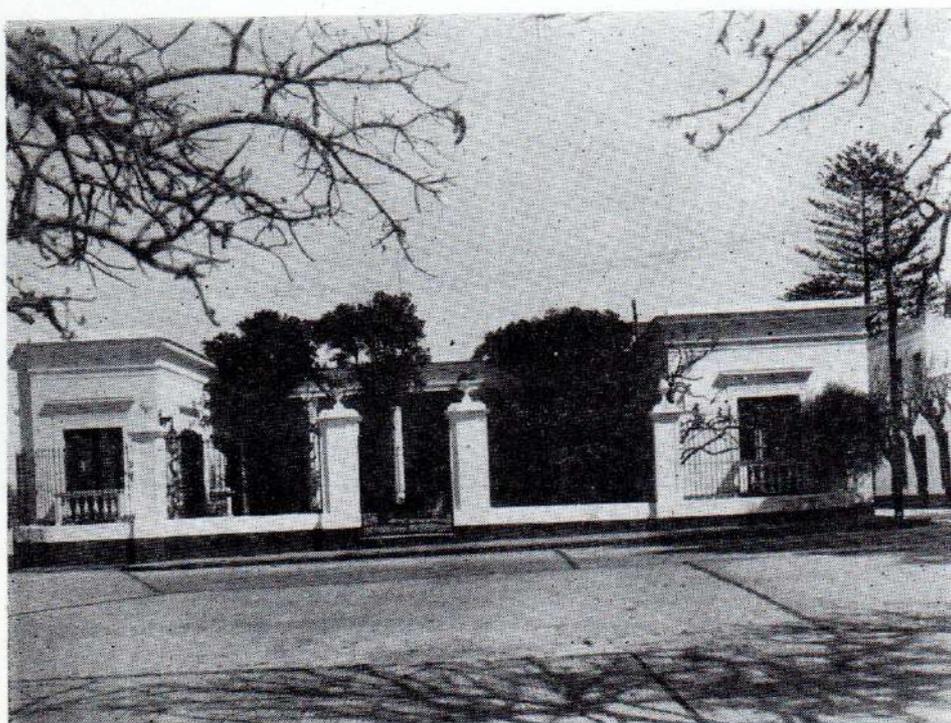
Entre las antiguas quintas que hasta hace poco tiempo se conservaban en San Isidro, debemos mencionar la que perteneciera a don Francisco Gutiérrez, casado con doña Josefa Capdevila. En un viejo álbum hemos encontrado la fotografía del que fué su “por-

tón de entrada". Veíasele pasar con frecuencia por dicho portón, se dice, en lujoso carruaje, a don Saturnino Unzué, acaudalado estanciero de Buenos Aires, quien iba a visitar a su novia, Concepción Gutiérrez y Capdevila, y de cuyo matrimonio nacieron tres hijas: doña Angela Unzué de Alzaga, doña María Unzué de Alvear y doña Concepción Unzué de Casares, conceptuadas como las tres primeras matronas del país, por sus vinculaciones sociales, por sus sentimientos caritativos y por su virtud personal.

Contiguo al predio de Gutiérrez hallábase “La Paz”, de don Alejo Castex, comandante del regimiento de “Migueletes” cuando los ingleses invadieron a Buenos Aires. Enemigos los Castex de Rosas, fué, durante la tiranía, la solariega mansión de la costa, refugio de unitarios. Era frecuente, en noches frías y oscuras de invierno, oír el galope de las caballadas hacer alto frente al portón de la quinta. Los jinetes – arrebuados en largas capas negras y afeitadas en forma de U las barbas – allegábanse luego al pie de las barrancas, donde les aguardaba la sigilosa balandra que, al amparo de las sombras, había de ponerles a



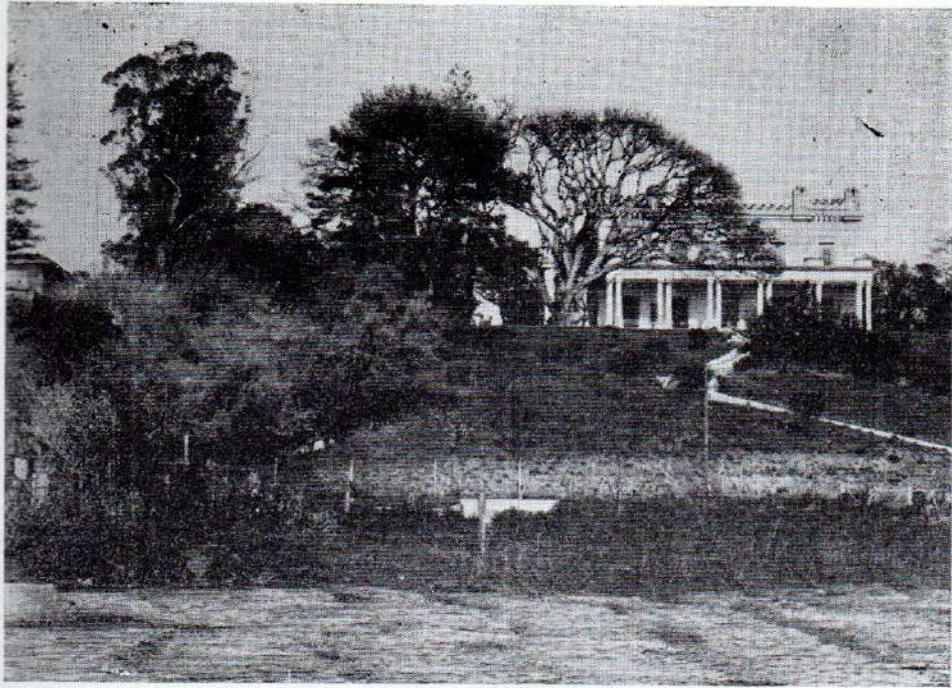
salvo trasladándolos a la orilla opuesta del río. Así huyeron – es tradición de familia – Mariano Artayeta, Jacinto Peña, Félix Frías y muchos otros personajes ilustres de su tiempo. No tardaría, pues, esta heredad, en despertar las sospechas de Rosas, quien la confiscó, poco más tarde, para convertirla en asiento de su ralea, en atalaya vigilante de la costa.



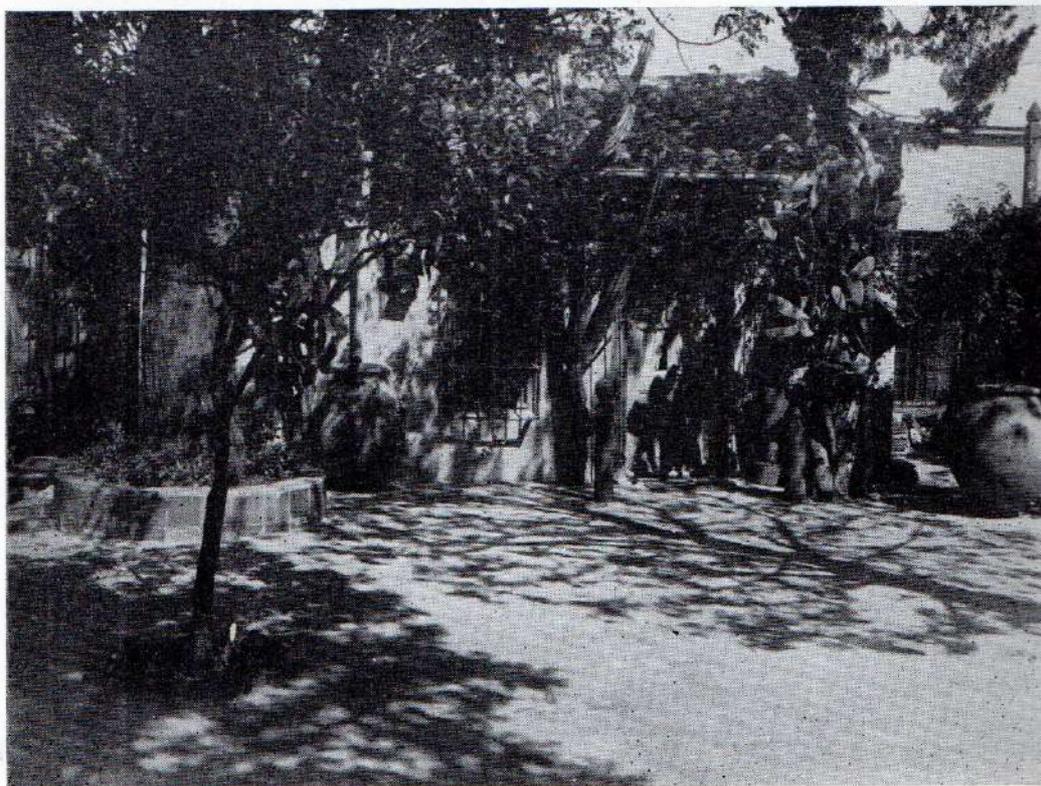
Entre las casas coloniales, además de las ya citadas, se señalan: la de Arturo Gramajo, frente al paseo de los “Tres Ombúes”, con su aljibe tradicional en el centro del patio.



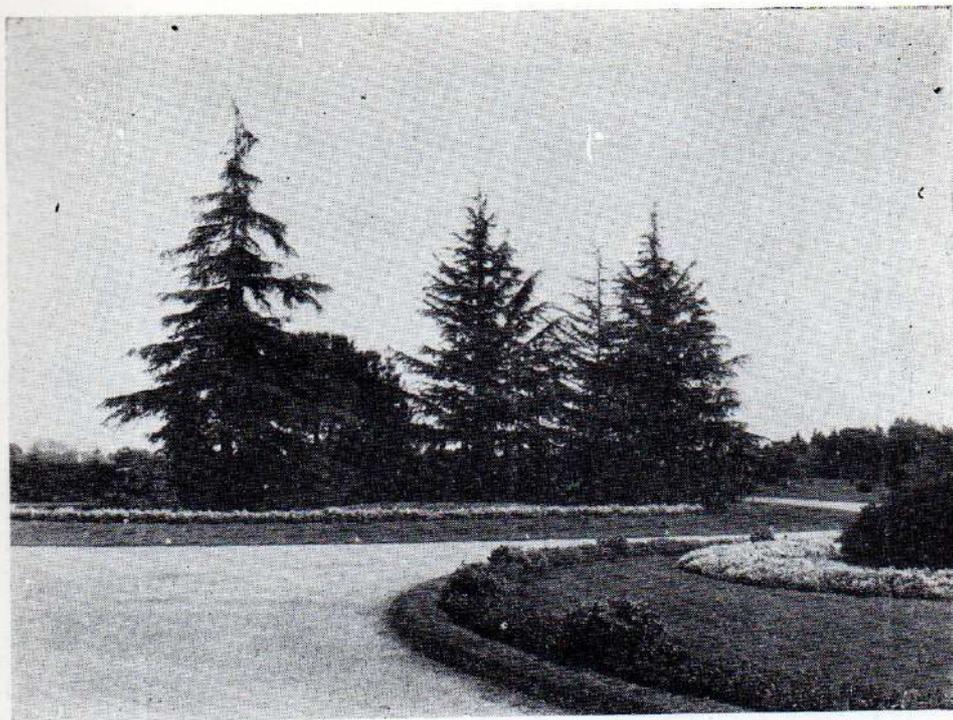
La de la señorita Elena Verduga, construída por su abuelo Miguel Ochagavía, la que lleva en su anchuroso zaguán de entrada un letrero que dice: "Este es el solar de mis mayores".



La casa de Elortondo, rodeada de esplendorosos "timboes", y desde la que se divisan los huertos perfumados del Bajo, que son los primeros en dar hortalizas y verduras a la ciudad de San Isidro.



Quiero poner ahora en evidencia la casa del pintor Cordioviola, construída justamente con los elementos de ese pasado tan lleno de carácter, que evoco en esta conferencia.



Entre las modernas creaciones de San Isidro, destácase el Jockey Club, con su circo de carreras y sus canchas de sport.

Este gran hipódromo ha sido levantado sobre la lomada que perteneció al opulento comerciante español, don Francisco de Tellechea, quien fué fusilado en la plaza de la Victoria por su complicidad en la conspiración de Alzaga.

Cuando sus numerosos arbolados rompan la monotonía de sus horizontes, el Jockey Club de San Isidro no tendrá parangón en el mundo.



Cercano al Jockey Club, encontramos un vivero, llamado de "Las Frambuesas", que pertenece a una bella dama de nuestra alta sociedad, la cual, desde su "ranchito", vigila el ir y venir de sus peones y jardineros.

Felicitémosla: puede ella estar orgullosa de haber dedicado sus actividades al cultivo de los árboles, que, al decir de Emilio Mitre, "son uno de los elementos que más embellecen la vida".

El martillo de la subasta pública va retaceando las quintas tradicionales de la costa de San Isidro. Sus bellezas y sus encantos

procedían de su posición sobre las barrancas, y de la flora y fauna que les llegaban del delta paranaense.

Ya no cantarán a dúo los horneros en las espinosas acacias, cuando el sol asoma en el neblinoso horizonte del río. Las calandrias y el zorzal no dejarán oír sus melodías en la espesura de los jardines. Naranjos y limoneros no brindarán ya sus perfumados azahares, que nos traían al corazón recuerdos de lejana y venturosa luna de miel. Los frágiles "mamboretás" no levantarán ya sus manecitas al cielo, en son de plegaria. El camuati no colgará sus nidos acartonados y melíferos, en las más altas ramas de talas y espinillos. Ni las "libélulas", de alas membranosas, revolotearán durante las noches de verano, en torno a las luces recién encendidas del comedor.

Podrá San Isidro contar con mayor población, ser más numerosas las casitas de tejas coloradas, más aliñados sus veredones, más perfectos los servicios públicos, pero la poesía, el colorido de su naturaleza, eso no volverá.



Más, antes de terminar, quiero hacer mención de dos árboles arraigados en la heredad de los Moreno. El uno es una “tipa” de azulado follaje y brazos alargados, que respaldada en la casa, florece todos los años anticipadamente a la estación, cual si fuese un duraznillo en espaldera. Es el otro un “palo borracho” de origen chaqueño; todos los años se cubre de espesos copos blancos, de los que se hace el fino algodón. A la sombra de este “somohú” – cuentan los vecinos del lugar – jugueteaban en otro tiempo dos niñas, que crecidas en años,

acentuaron su belleza, al extremo que de haber sobrevivido don Santiago Calzadilla, figurarían, a buen seguro, en “Las beldades de mi tiempo”.



Y esta villa que aquí véis, levantada sobre el anchuroso Plata, – que al decir de Sarmiento “no es más que una llanura en cuyos límites se pone el sol” –, esta villa, del más puro estilo “Reina Ana”, fué la que dió la pauta en estos contornos de la mo-

derna edificación de tejados rojos. La construyó un arquitecto inglés, Colcut, sobrino del gran arquitecto londinense del mismo apellido. En ella, ya en edad madura, (por más que ^{no} le sea preciso usar anteojos para leer), entre ombúes, tipas y jacarandáes, oyendo el rumor de la suestada o el cantar de la tacuarita en la ventana de su aposento, vive aquel que fué intendente, hace treinta y nueve años, de vuestra hermosa y querida ciudad de San Isidro.

SE TERMINO DE IMPRIMIR
EL 28 DE OCTUBRE DE 1944
EN CASA DE
DON FRANCISCO A. COLOMBO
HORTIGUERA 552
BUENOS AIRES